



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11079

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
no.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

LUNES 10 DE OCTUBRE DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA UNION
Y
EL FÉLIX ESPAÑOL
COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL.
34 AÑOS DE EXISTENCIA
SEGUROS contra INCENDIOS. SEGUROS sobre LA VIDA
Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPAÑA, Caballos 15.

ACADEMIA PREPARATORIA

PARA TODAS LAS CARRERAS ESPECIALES
ESTABLECIDA EN EL COLEGIO DE S. ISIDORO

á cargo de los señores D. Adrián Elestra, comandante de Artillería y Doctor
en Ciencias Físico-Matemáticas; D. Antonio Gutiérrez, Licenciado en la mis-
ma facultad; D. José Serrano y D. José Méndez, Ingenieros de Caminos, Puer-
tos y Canales

El curso empieza el 1.º de Octubre.

15, Balcones Azules, 15

YA ES TIEMPO

Si la noticia no resulta como
tantas otras—que á las veinticu-
tro horas de echarlas á volar son
desméntes—hay motivos para re-
gojarse.

Dice la noticia á que hacemos
referencia que el general Jáude-
nes, gobernador que fué de la pla-
za de Manila, antes de caer ésta en
poder de los americanos, ha dirigi-
do al gobierno un cablegrama no-
ticiándole que los tagalos están
dispuestos á dar la libertad á los
españoles prisioneros

Lo primero que se ocurre al
leer tan grata nueva es dirigir el
pensamiento agradecido á la So-
ciedad Económica de Amigos del
País de Toledo, que con tanta in-

sistencia ha venido persiguiendo el
propósito—que ya casi nos parece
en punto de realización—de pro-
curar la libertad de los soldados
españoles cautivos de los rebeldes
filipinos.

Un movimiento general de sim-
patía, y un monumento de grati-
tud, merece esa sociedad que ha
venido trabajando sin desmayar
en tan loable empresa. Pidió el
concurso de las sociedades de
igual índole para representar ante
el gobierno y lo obtuvo. Formuló
su petición y la oyeron los minis-
tros responsables. Comprendiendo
que la esfera de éstos era sobrado
reducida, por consecuencia de las
tirantes relaciones que han de me-
diar entre el gobierno de España y
el gobierno americano, dirigióse
al jefe de la república y en su an-
helo de sumar voluntades é in-

fluencias apeló al sentimiento de
Europa y solicitó de la prensa del
mundo un apoyo que, dicho sea en
elogio de la misma, le ha sido con-
cedido desde luego.

¿A quién se deberá, pues—si se
realiza—la liberación de los espa-
ñoles que cogieron prisioneros los
rebeldes filipinos? A todos. El go-
bierno habrá hecho lo que haya
podido dentro de la actitud que se
ve obligado á guardar y que le im-
pide solicitar directamente; el em-
bajador francés habrá ejecutado
á las mil maravillas su generoso
papel de intermediario; la opinión
habrá echado sobre tagalos y yan-
kis todo el peso de su fuerza y la
prensa habrá puesto empeño en
que se resuelva el asunto confor-
me á los sentimientos de humani-
dad y de justicia, pero la gloria de
la iniciativa corresponde por ente-
ro á la Económica toledana, que
con empeño plausible ha venido
ocupándose en este asunto cuya
realización ha de llevar á millones
de hogares españoles la tranqui-
lidad y la confianza.

Ya es tiempo de que las dudas
se resuelvan. Ya es hora de que se
sepa lo que fué de aquellos bravos
á quienes sorprendieron fuera de
Manila los acontecimientos de 1.^o
de Junio. Desde entonces, los que
hayan sobrevivido permanecen ig-
norados sin que llegue á sus fami-
lias una carta, un telegrama ó
una noticia indirecta que cer-
tifique en cierto modo de sus vi-
das.

El telegrama del general Jáude-
nes indica que se acerca el momen-
to de conocer lo ignorado.

¡Gracias á Dios!

TIJERETAZOS

Leemos:

«Telegrafía Jáudenes que reina completa
tranquilidad en toda la isla de Luzón.»

Como no sea la tranquilidad de los

sepulcros no nos explicamos esa qui-
tad que se telegrafía como novedad.

Dice «La Correspondencia» hablando
de la cuestión del pan:

«Asunto es este que no acaba de resolver-
se, y cada día que transcurre presenta nuevas
dificultades.»

Eso será en Madrid.

Aquí ya sabemos poco más ó menos
cómo se resolverá.

Comiéndonos los unos á los otros.

En el Consejo de Estado hay vacantes
siete plazas de escribientes, dotadas con
1250 pesetas cada una.

Esto no tiene nada de particular; con
sacarlas á oposición y cubrir las ya no
hay vacantes.

Pero es el caso que las oposiciones
están anunciadas y hay trescientos
treinta y seis individuos que se propo-
nen luchar para obtenerlas.

¡Cuarenta y ocho para cada una!

Buena cosecha de calabazas se va á
repartir.

GLORIAS NACIONALES

Derrota de la caballería colombiana
en Arequipa.

10 de Octubre de 1823.

Debido á las hábiles maniobras del
ejército realista que en el Perú defen-
día la integridad del territorio español,
los insurrectos peruanos y sus auxiliares
sufrieron varios descalabros de impor-
tancia durante los dos primeros tercios
del año de 1823, y no obstante las ven-
tajas que en otras ocasiones habían con-
quistado y los auxilios que en hombres,
armas, municiones y dinero les envia-
ban los Estados de América en aquel
entonces emancipados de la madre pá-
tria, tales derrotas influyeron poderosa-
mente en ellos, tanto que en más de
una ocasión esquivaron el combate con
fuerzas inferiores, llegando hasta el ex-
tremo de declararse en precipitada fuga
al tener noticia de la aproximación de los
españoles, conducta que fué observada
por el titulado general Santa Cruz jefe
de la expedición desembarcada el 18 de
Junio de aquel año en Africa; mas su
vergonzosa retirada no le libró de lo que

con desdoro de su honor rehufó; pues
al ser alcanzado en Sicasia por los nue-
stros no tuvo mas remedio que hacerles
frente, resultando completamente des-
trozado su ejército en la lucha que se
entabló.

Después de tan decisiva victoria, el
virrey D. José de La Serna, y el gene-
ral Canerao marcharon sobre Arequipa,
donde se hallaba el general Sucre con
los voluntarios colombianos que espera-
ban á sus órdenes; pero como este tam-
bien se hallaba dominado por el pavor
que reinaba entre los insurrectos perua-
nos, al ser noticioso de los propósitos
de aquellos dos ilustres españoles aban-
donó la mencionada ciudad con toda su
infantería, dirigiéndose á la caleta de
Quilesa para embarcarse, dejando en
aquella toda su caballería, por lo que
el virrey, en lugar de proseguir su mar-
cha, envió contra los que quedaron en
Arequipa dos escuadrones escogidos y
cuatro compañías de «Cantabria», al
mando del brigadier Ferraz.

Estas tropas, en la mañana del 8 de
Octubre, atacaron con bizarría y denue-
do en las calles de Arequipa á la caballe-
ría insurrecta, jornada dispuesta pa-
ra marchar, entablándose por tal moti-
vo un combate tan encarnizado como
rudo.

Nuestros soldados pusieron especial
cuidado en ocupar los puntos por donde
los colombianos podían emprender la
retirada, y parapetados en ellos fusila-
ban á su gusto á cuantos dispersos pre-
tendían escapar.

Al fin pudieron los insurrectos salir
de la población y tomar el camino de
Quilesa, consiguiendo reunirse con la in-
fantería después de haber experimenta-
do en la huida bastantes bajas, por
haberles perseguido los españoles buen
espacio de tiempo.

MAESE RODRIGO

(Prohibida la reproducción.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

La lagartija y el cáncer.—Cu-
ración portentosa.

En el segundo tercio del siglo pasado
un doctor mexicano, llamado Flórez,
publicó un libro curiosísimo, y bastan-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 304

reina, como puede suceder, muriese, creéis que no
era mucho mas fácil el casamiento de una infanta
de Castilla, de una infanta de la casa de Austria,
con el rey don Felipe, que su casamiento con la
princesa de los Ursinos?

La princesa miraba con admiración, con asom-
bro, con espanto, á su hija; y estaba pálida como
un cadáver.

—Pero tú eres ambiciosa, María, exclamó, lo leo
en tus ojos; ¿qué es lo que ambicionas tú!

—Una grandeza que sin ser la de un rey, baste
para que yo esté bastante alta y puedan fijarse en
mí las miradas de todos: luego, la vida del corazón,
el amor, el amor de un hombre cuya alma compren-
da á mi alma; el amor de un sér que sea la mitad
de mí sér, y que al unirse á él le complete; y sobre
todo, señora, si ese sér no existe, si es un sueño, ten-
ner virgen, entera, inmaculada, la dignidad de mi
alma: lo bajo me repugna; el crimen me espanta; la
mentira me humilla; ved, pues, si os amo cuando
por vos he mentido, cuando por vos me he violenta-
do al humillar ese niño que se llama rey de España;
porque quien sufriría un tormento infinito si se vie-
ra humillado, le sufre también cuando humilla.

—Ven, ven; abrázame, abraza á tu madre, dijo
la princesa, dominada por Azucena: necesario es

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 302

dero rey de España, el dueño, el árbitro de todo; si
yo daré á Felipe V su corona, que hoy vacila en su
cabeza, y podrá mañana pedirme la mitad de esa co-
rona?

—¡Ah! no, no, madre mía, dijo Azucena; hace
poco tiempo, entre tinieblas, enamorado, loco, obe-
deciendo sin duda á una impresión, pero á una im-
presión que yo he podido convertir en un amor ir-
resistible, ha arrojado á mis pies esa corona, y yo la
he lanzado con el pie lejos de mí.

—¿Tú ¿te crees tú fuerte, inteligente, sagaz lo
bastante, decidida á todo lo bastante, hasta el cri-
men: experimentada en las intrigas palaciegas, pa-
ra apoderarte del alma del rey hasta el punto de
poder un día subir con él á su trono?

—Sí; y á mas: ¿no puedo yo ser declarada infan-
ta? Si yo hubiera irritado el amor del rey; si le hu-
biera mantenido hambriento como vos le mantenéis;
si en vez de decirle, como vos le decís, yo os amo
con un afecto de madre, le hubiese dicho: yo os amo
con un amor de hermana; si halagando al uno, pro-
motiendo al otro, valiéndome para ello del favor pa-
ra con el rey, hubiese creado al rey un fuerte parti-
do, dándole por este medio y con la ayuda de otros
mil que están al alcance de quien tenga, como vos,
el alma que yo he heredado de vos; si un día la

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 299

—Sí; hay algo que no puede dejarse de amar,
porque no podemos dejar de amarnos á nosotros
mismos, á los hijos... ¿qué madre no ama á sus hi-
jos? Tú, esoucha, María: en medio de mi vida tu-
multuosa, de mi vida de lucha y de amargura, yo
tenía en el fondo de mi corazón un dolor siempre
fijo, un dolor lento, pero eterno; tu recuerdo, María,
el recuerdo de mi Eleonora, porque cuando te bau-
tizaron en París, donde nacistes, te pusieron por
nombre Eleonora; pero ese nombre no existe, como
no existe el de Esperanza de Ayala, con el que te
nombrarás un día, si sientes desbordarse tu ambi-
ción y exiges se publique el reconocimiento del rey
don Carlos II: mi Eleonora, mi hija perdida, porque
te me robaron en la cuna, era la causa de aquel do-
lor, sin consuelo y sin esperanza, de mi corazón; y
ese dolor era mi ternura de madre; ese dolor me en-
venenaba el alma; ese dolor se ha convertido en una
felicidad infinita por una revelación de Bizarro, que
me ha probado que eres mi hija, mi perdida Eleono-
ra. ¡Oh! sí, todo mi amor es tuyo; y ahora, después
de lo que has hecho, te amo como yo no creía se
pudiese amar en el mundo: ven, ven conmigo, donde
yo te vea, donde pueda mirarme en tus hermosos
ojos azules.

Y se acercó á Azucena la asió de una mano, y la